

**BIBLIOTECA MUNICIPAL DE NEDA.
IV XORNADAS LITERARIAS
DIA INTERNACIONAL DO LIBRO 2006.
20, 21 e 22 DE ABRIL / CASA DA CULTURA DE NEDA.
DEDICADAS A FRANZ KAFKA.**

PROGRAMA:

- Xoves 20 de Abril.
- 20 hs.-Apertura:

-Saúdos do Alcalde e do Decano de Humanidades.

-Introdución e presentación das Xornadas: Manuel Pérez Grueiro, coordinador.

- 20.30 hs.-Conferencia de Manuel P. Grueiro: *“Praga: a arquitectura feita poesía”*.
- 21.30 hs.-Conferencia del prof. Josef Cermak: *“Influencia do ambiente de Praga en Kafka”*
- 22.30 hs.-Coloquio e proxección dun DVD turístico de Chequia.

Venres 21 de Abril.

20.00 hs.-Conferencia do prof. Luís Fernández, tradutor de Kafka ao galego: *“As orixes do fracaso de Kafka”*.

21.00 hs.-Conferencia do prof. José Manuel Sande, da UDC: *“Kafka e o cine”*.

22.00 hs.-Coloquio e proxección de dous filmes sobre Kafka.

Sábado 22 de Abril.

10.30 hs.-Conferencia da prof. Katerina Vlasáková, da USC: *“¿Que nos di Franz Kafka hoxe?: Un breve percorrido por algúns aspectos da vida e obra do autor”*.

11.30 hs.-Coloquio.

12.00 hs.-Pausa para Café.

12.30 hs.-Proxección dun DVD de Czechtourism: *“Un toque mágico: bienvenidos a la República Checa”*.

13.00 hs.-Iniciación á lingua checa / Centro de Línguas Modernas da USC.

13.30 hs.-Varias ponencias: estudantes de Secundaria e Bacharelato do IES “Fernando Esquíu” de Neda e lectura colectiva de Kafka.

14.30 hs.-Cerimonia de Clausura das Xornadas.

*Organizan: Biblioteca Municipal do Concello de Neda (A Coruña) /
Facultade de Humanidades-Universidade da Coruña.*

Colaboran: Embaixada da República Checa en Madrid.

Centro Checo de Madrid.

Czechtourism.(Oficina Nacional Checa de Turismo).

Información e inscrición gratuita: Tel/Fax: 981-390233.

e-mail: cultura@neda.dicoruna.es

Kafka y Praga

Con el tiempo, parece fortalecerse en el mundo la costumbre de unir a Franz Kafka con Praga. Sin duda alguna, este hecho se debe al creciente prestigio de la literatura alemana praguense, cuyo representante por excelencia es Kafka desde hace años. La mitificación de la relación del escritor con su ciudad viene reforzada, especialmente en el último decenio, por el incesante aluvión del turismo cultural, cuyo punto fuerte en Praga lo constituyen – junto con los monumentos tradicionalmente visitados– precisamente los lugares y los recuerdos kafkianos. El acceso a Kafka es totalmente libre en Praga: un autor prohibido se ha convertido de golpe en un gigante, propagado a veces con muy poco gusto.

Durante la vida de Kafka y también varios años después de su muerte –en realidad hasta el auge kafkiano de los años 40–, en la relación entre la ciudad y la literatura de la minoría judeoalemana, Praga se consideraba como un factor más bien limitador, caracterizado por cierto provincialismo. No solo personajes importantes –como por ejemplo Karl Kraus–, sino también numerosos intelectuales de menor talla mostraban su agudeza crítica analizando las obras de los autores de la Praga alemana. Kafka permaneció mucho tiempo oculto entre una multitud colegas más conocidos, menores o de la misma edad. Su grandeza la veían entonces solo muy pocos.

Lo dicho es aún más válido para los checos. No obstante, fueron precisamente los germanistas checos los primeros que intentaron definir el parentesco de Kafka con Praga – algo que ni de lejos es tan natural como podría parecer–, y poner las bases de lo que suele denominarse “la interpretación praguense” de la obra de Kafka. Fue el autor bilingüe checo-alemán Pavel Eisner, destacado periodista y traductor, quien ya a finales de los años 20 trató de convencer a los editores y germanistas checos de la grandeza de Kafka y quien en los años 30 empezó a interpretar su obra en relación con Praga. Sus ideas aparecen en sus artículos sobre Kafka de los años 30 y 40, así como en el extenso estudio *La literatura alemana en la República Checoslovaca* en la revista *Československá vlastivěda*. Finalmente recoge una interpretación sistémica y completa en su libro *Franz Kafka and Prague*, publicado en 1950 en América. Después del golpe de estado comunista del año 1948, el libro ya no pudo publicarse en checo y aún hoy sigue sin publicarse. Encontramos un retrato completo de Franz Kafka en el extenso estudio de Eisner, publicado bajo el título de *Franz Kafka* en 1957, es decir, en la época del primer “deshielo”. Este estudio, traducido inmediatamente en Francia y Argentina, tuvo una repercusión grande en la Checoslovaquia de los años 50 y marcó el comienzo de otra ola de interés por la obra de Kafka en nuestro país.

No obstante, el primer libro checo, una recopilación de estudios titulada *Franz Kafka a Praha (Franz Kafka y Praga)*, fue publicado ya en 1947, es decir, antes del libro inglés de Eisner. Que yo sepa, es el primer libro de estudios kafkianos en Europa. Participaron en él cuatro germanistas que vivían en Praga o que desarrollaban su actividad allí en aquella época: Hugo Siebenschein, que después de la guerra fue profesor de literatura alemana en la Universidad Carolina de Praga; Peter Demetz, su alumno de entonces y más tarde germanista y comparatista exiliado en Alemania y Estados Unidos; Edwin Muir, poeta inglés y traductor de Kafka, que daba clases entonces en la Universidad Carolina; y Emil Utitz, compañero de liceo de Kafka y más tarde profesor de Estética en la Universidad de Halle. El libro está marcado por el choque entre la interpretación surrealista de la obra de Kafka (Siebenschein) y la existencialista (Muir), ambas muy en boga entonces. El enfoque de Siebenschein puede demostrarnos el hecho de que en aquella época, incluso los críticos que tenían poco que ver con el surrealismo, interpretaban a Kafka de una manera surrealista. “... Kafka es un paisajista surrealista como Picasso...” comenta Siebenschein. La obra, que por primera vez informa a los lectores checos sobre un autor casi desconocido de la capital del país, contenía además la primera iconografía kafkiana, en total 32 fotos y 12 ilustraciones y reproducciones de manuscritos.

El golpe de estado comunista del febrero del año 1948 y la posterior imposición de una política cultural al estilo de Zdanov congelaron en Checoslovaquia para muchos años el interés por Kafka. Así que precisamente cuando en el resto del mundo existía un enorme interés por la obra de Kafka, en su país natal su nombre y su obra podían citarse sólo como un ejemplo alarmante de literatura decadente, pesimista, falta de perspectiva y ligada al imperialismo capitalista y al sionismo. En aquel momento en Praga fue echado por tierra un grandioso proyecto de publicar las obras completas de Kafka en ocho tomos. Es comprensible que en aquella época muchos de los interesados por la obra de Kafka y muchos investigadores kafkianos empezaran a visitar Praga y se pusieran a trabajar allí en una tierra virgen. Los recuerdos de Kafka, olvidado ya desde hacía un cuarto de siglo, ya se habían desvaído entonces, pero todavía vivían muchos contemporáneos suyos, entre ellos varios maestros del arte de la mistificación y la creación de leyendas. Los archivos de Praga, terreno aún intacto, seguían abiertos para los investigadores extranjeros. Por eso, el investigador alemán Klaus Wagenbach, entonces editor de las *Obras* de Kafka para la editorial Fischer y, por consiguiente, colaborador de Max Brod, pudo describir –por primera vez de una manera más sistemática– la vida de Kafka en Praga y sus contactos con el ambiente checo; lo hizo en una monografía que alcanzaba hasta el año 1912. Este libro, a pesar de estar superado hoy en algunos pasajes, durante mucho tiempo representó una referencia indispensable en cuanto a la juventud de Kafka en Praga. En sus excursiones a Praga, Wagenbach fue adquiriendo también un valioso botín iconográfico que se convertiría en una parte importante de su monografía en la cual, lógicamente, predominaba el material praguense.

La acentuación de las circunstancias praguenses de la vida y obra de Kafka, patente en Eisner, naturalmente siguió siendo aplicada por los checos también después del año 1948, después de convertir a Kafka en un autor inaceptable desde el punto de vista político. Después de 1956, o sea, después del vigésimo congreso de los comunistas soviéticos, que inició un curso político más liberal, los intelectuales checos, ante todo marxistas jóvenes y más liberales, trataron de librar a Kafka del sambenito de reaccionario y decadente con el que le había cargado la propaganda cultural estalinista; el precio natural de estos intentos fue cierta vulgarización de la obra de Kafka. Es obvio que la relación de Kafka con Praga, con lo checo, con la cultura checa, se convirtió en uno de sus argumentos defensivos. Este hecho quedó patente, lógicamente, también en algunas ponencias checas y en la polémica en el conocido congreso kafkiano de Liblice en 1963. Fue una discusión poco lograda, ya que los adversarios, según parece, no entendían el rumbo principal de la problemática fundamental del congreso. La tesis sobre el contexto praguense de la obra de Kafka, es decir, una de las tesis de la ponencia principal de Eduard Goldstücker, fue concebida por los adversarios como una vulgarización de carácter inadecuadamente sociológico, como la afirmación de que Kafka era comprensible y explicable “solamente en Praga”, que “la llave praguense” era suficiente para comprender una obra artística tan rica y compleja.

La tolerancia con la publicación y el estudio de la obra de Kafka duró, después del congreso de Liblice, solo unos cuantos años. La filología germánica checa ni con mucho logró cumplir con la tarea que se había fijado en el congreso: buscar y valorar las circunstancias checas de la vida y obra de Kafka, en las cuales Praga, como fenómeno social y cultural, desempeñaba el papel más importante.

Por consiguiente, durante muchos años la filología germánica y la crítica literaria checas tomaron la información sobre Kafka de la biografía de Brod, y más tarde de las monografías de Wagenbach; la segunda de ellas, la del año 1964, que resumía brevemente toda la biografía de Kafka, fue –lo mismo que la monografía de Brod– traducida al checo. Aún hoy siguen apareciendo en los trabajos checos, tomadas precisamente de estas fuentes, algunas imprecisiones y afirmaciones ya superadas. No es de extrañar que en los años de la cima de la popularidad mundial del escritor praguense más famoso, los investigadores checos –salvo unas pequeñas aportaciones que no se consideraban dañinas desde el punto de vista

político— no enriquecieran el tema praguense en Kafka de una manera sustancial. Tenían a su alcance las fuentes de información, pero su acceso a ellas era limitado; lo mismo puede decirse del acceso a la bibliografía secundaria y a los manuscritos de Kafka, ya que, para nuestra desgracia, los pocos que quedaban fueron saliendo a partir de los años 60 hacia el extranjero. Eso sí, Jaromír Loužil publicó la documentación personal de Kafka de la Mutua de Trabajadores, pero el extenso conjunto de la agenda de Kafka en esta compañía de seguros, destruido en los años 60 en Praga, fue publicado en 1984 por el germanista alemán Klaus Hermsdorf. El aporte “praguense” más valioso, destinado al mundo, fue entonces el libro de Emanuel Frynta y del fotógrafo Jan Lukas *Franz Kafka žil v Praze* (Franz Kafka vivió en Praga), publicado en alemán, inglés y más tarde también en francés; es natural que, en algunos aspectos, fuera deudor de sus fuentes de información. La visión praguense de Kafka, acentuada fuertemente por el congreso de Liblice, se impuso notablemente en la publicación ilustrada *Franz Kafka y su mundo* de Gustav Janouch, escrita en alemán y publicada en Viena en 1965. Su texto es, en algunos pasajes, poco fidedigno, lo que vale también para las *Conversaciones con Kafka* del mismo autor; no obstante, son valiosas algunas fotos, no conocidas hasta entonces. En 1971, bajo el seudónimo de Johann Bauer, yo publiqué en Stuttgart el libro *Kafka y Praga*, escrito en alemán (la versión inglesa fue editada el mismo año en Nueva York). La publicación oficial de este libro la hizo imposible la prohibición administrativa después de la invasión de Checoslovaquia por el ejército soviético en 1968. Me vi obligado a publicar el texto bajo seudónimo, sin poder participar en los retoques finales del libro y en su preparación para la publicación.

Un aporte enorme al tema de Kafka y Praga lo constituyen los numerosos estudios “praguenses” de Hartmut Binder, especialmente su compendio de dos tomos *Kafka-Handbuch* del año 1975. Esta obra, especialmente el primer tomo, biográfico, verifica sistemáticamente el material praguense, aporta muchos datos nuevos e informa sobre la bibliografía secundaria. En colaboración con el fotógrafo praguense Jan Pařík, que en los años sesenta siguió las huellas de Kafka en Praga, Binder publicó en 1982 el libro *Kafka. Vida en Praga*, donde las fotografías e imágenes aparecen acompañadas por un comentario fidedigno que precisa muchas cosas. A partir de los años 80, una obra estándar de la iconografía kafkiana con el conjunto básico de la fotodocumentación praguense es la monografía con imágenes *Franz Kafka. Imágenes de su vida* de Klaus Wagenbach, publicada paralelamente en versiones alemana e inglesa (1983, 1984) y notablemente ampliada en su segunda edición (1989).

La fama de Franz Kafka abandonó con el tiempo el campo de la literatura y el escritor se convirtió en un tema atractivo y en fuente de inspiración para el teatro, el cine, las artes plásticas y, en menor medida, también para la música. No es de extrañar que incluso la industria turística se apoderara de él, sobre todo en su ciudad natal, que ofrece sus maravillosos monumentos históricos como grandioso decorado a las trayectorias de los viajes de su vida. A las guías culturales sólidas, escritas por especialistas en Kafka como Klaus Wagenbach o Hartmut Binder, se sumaron, sobre todo después de la apertura al turismo de 1989, varios libros y pseudoguías superficiales y poco fiables. Mediante todas estas actividades tan variadas, la simbiosis entre el autor y su ciudad va confirmándose cada vez más. Kafka se convierte en un símbolo de Praga. Pero esta identificación simbólica no es algo que se desprenda en tal medida de la obra de Kafka; de hecho, hay autores, incluso en la literatura alemana praguense, cuyas vidas y obras están más influidas por Praga. Es evidente que la fama mundial de Kafka, aparecida con retraso, encontró en Praga su medio ideal: una grandeza encontró a otra grandeza de su mismo rango. Mientras que durante su vida Kafka vivió en Praga la metamorfosis de una ciudad provinciana en una capital y tímidamente participó en la creación de un enclave literario poco conocido y reconocido, y mientras que sólo unos decenios después de su muerte el mundo, la ciencia literaria y el público cultural empezaron a seguir la trayectorias praguense de su vida, en el último decenio se ha convertido en el rey literario de la ciudad del Moldava: no sólo es el

compatriota más famoso, sino que constituye directamente la encarnación de la ciudad, de sus secretos y del destino de la ya desaparecida minoría cultural judeoalemana.

Gracias a su obra y a su destino ligado a Praga, Franz Kafka se convirtió en un objeto ideal para crear leyendas y mitos. Eso se debe también a la difícil accesibilidad y la ambigüedad de su obra, a su carácter fragmentario y también al hecho de que su auténtica semblanza, a pesar de haber ido creciendo y descubriéndose durante decenios, sigue aún incompleta. Pero el espacio más grande se lo ofrece a los creadores de mitos precisamente la pérdida de la memoria en el lapso de tiempo que transcurre entre su muerte y el inicio de su fama. Cuando Kafka murió en 1924, lo conocían como hombre y como escritor –también gracias a su tímida y poco llamativa existencia– muy pocos. Cuando a finales de los años 40 empezó a nacer su fama mundial, estaba olvidado más o menos y los recuerdos de los que lo habían conocido habían palidecido. No es de extrañar que algunos diestros fabuladores y mistificadores de talento que figuraban entre ellos aprovecharan la ocasión que se les presentaba. Ya Max Brod y más tarde los primeros investigadores serios, como Klaus Wagenbach, que después de la guerra llegaron a Praga a buscar las huellas de Kafka dieron crédito a las leyendas y mistificaciones que sonaban muy bien y que más tarde –desarrolladas por los investigadores– entraron en la literatura kafkiana y parcialmente se han transmitido hasta hoy. Dado que cada mito contiene siempre algo –aunque sea poco– de la verdad, es comprensible que aparecieran mitos precisamente en esta situación de emergencia, en la que las lagunas invitaban a formular hipótesis y suposiciones. Así nacieron por ejemplo la leyenda del Kafka “rojo”, visitante de las reuniones anarquistas del Club de Jóvenes de Praga, participante en los mítines revolucionarios y manifestaciones, compañero de la bohemia tabernaria praguense, cliente asiduo de los cafés, asistente fiel de las reuniones de los filósofos praguenses. Así nacieron también las teorías sobre sus relaciones con personajes que, en realidad, nunca llegó a conocer.

Una de estas verdades a medias la constituye la afirmación de que Praga fue para Kafka una ciudad odiada. Suele relacionarse con su repetido deseo de abandonar Praga. La verdad es que la lectura superficial de algunos pasajes de sus *Diarios* y su correspondencia puede provocar una sensación así. No obstante, la realidad es distinta, es un poco más compleja. Con toda seguridad podemos decir que Kafka sintió un parentesco nada problemático con Praga, entendida como fenómeno físico y espiritual. Sobre Praga como ciudad, sobre su historia y sobre los acontecimientos de actualidad no solía pronunciarse, salvo contadas excepciones. Solo una vez, en una carta dirigida a R. Klopstock, habla de sí mismo como de un “praguense”. Salvo el doble fragmento temprano *Descripción de una lucha*, en vano buscaríamos en su obra algo como “prosa praguense”, o sea, la proyección directa de Praga en sus textos. Kafka no es un autor mimético. Praga está presente en su obra de una manera indirecta y menos llamativa. No son vistas panorámicas ni partes coherentes de la realidad praguense, sino “pedacitos de la realidad” (como suele decirse en la literatura kafkiana), transformados, difundidos e introducidos en muy variadas relaciones. Son praguenses también la dimensión vital de los personajes de Kafka, la imagen de su estilo de vida y el ambiente en el cual se mueven. De una manera cifrada se proyecta aquí el microcosmos personal praguense de Kafka, el ambiente en el que se movía todos los días: la familia; los alrededores de sus viviendas; las vistas de sus ventanas; las escenas de las calles por las cuales pasaba; las experiencias de su vida profesional y del contacto con las autoridades. No obstante, todo esto va diluido y entretelado de una manera que no permite una identificación directa. Eso sí, es posible reconstruir los elementos gracias al carácter parabólico de la escritura de Kafka. Por ejemplo, en la escena del templo, en el *Proceso*, es fácil reconocer la catedral de san Vito con la tumba de San Juan Nepomuceno; o en el último capítulo de la misma novela, en el camino por el cual llevan a Josef K. a la ejecución es reconocible la trayectoria que conduce a través del Puente de Carlos y la Ciudad Pequeña hacia las cercanías de las antiguas canteras de Strahov. También las frecuentes vistas de la ventana, desde el observatorio preferido de Kafka, pueden recordar –en algunos cuentos, por ejemplo

en *La condena*– la vista que se abre desde la casa del final de la calle Mikulášská. O podemos ver la inspiración de la prosa corta *El escudo de la ciudad* en el escudo de la ciudad de Praga, situado en la iglesia de San Nicolás, que Kafka solía observar desde su domicilio en la casa de Oppelt. No obstante, en las prosas de Kafka, lo decisivo para el parentesco con Praga siempre es únicamente la imagen total, la sugestión filtrada por una red de detalles transformados de una manera muy complicada, y nunca la reproducción fiel de la realidad o el comentario “praguense” de ella.

En cuanto a la ciudad como tal, podemos afirmar con seguridad que Kafka se connaturalizó con Praga. La amaba, pero no se puede esperar que en sus *Diarios* o en su correspondencia apareciera una admiración directa o una confesión. No obstante, estos textos contienen testimonios sobre lugares que amaba en Praga, que solía visitar regularmente o que eran destino de sus frecuentes paseos, a veces de varias horas.

El centro del círculo en el cual Kafka se movió toda su vida y cuya extensión apenas sobrepasa un kilómetro cuadrado, lo constituía la Plaza de la Ciudad Vieja, con su Plaza Pequeña y su Plaza Grande, núcleo histórico de la ciudad con el que están familiarizados todos los habitantes de la República Checa y hoy día también todos los visitantes

extranjeros. Este círculo se completa con las siete calles que salen radialmente de la plaza – la calle Mikulášská (hoy Pařížská), Dlouhá, Celetná, Železná, Melantrichova (Sirková cuando Kafka era niño), Karlova y Kaprová – con una red de calles más pequeñas, unidas con las siete mencionadas. Según el testimonio de Friedrich Thieberger, su profesor de hebreo, Kafka trazó este círculo de su vida con un único movimiento de su mano, contemplándolo desde la ventana de su piso de la esquina de la Plaza de la Ciudad Vieja. Se encontraban allí –salvo una– todas las casas en las cuales había vivido con sus padres, las escuelas en las que había estudiado, las casas de sus amigos más íntimos (Brod, Baum, Felix Weltsch) y la mayoría de los lugares que solía visitar con frecuencia: bibliotecas, cafés e instituciones culturales de la Praga judeoalemana. Tan solo a unos pasos estaba la oficina donde había trabajado catorce años. Dentro de este recinto se encontraba la antigua Ciudad Judía, cuyos últimos años de existencia antes de su demolición, había podido ver de niño y aun de joven; precisamente contemplando sus escasos restos vivía ahora su judaísmo problemático. De este recinto de la Ciudad Vieja provenía también la clientela de su padre; los padres permanecieron fieles a sus clientes, como muestra el hecho de que durante sus frecuentes mudanzas, nunca –salvo una excepción– abandonaron las fronteras de este imaginario recinto. Kafka amaba la Plaza de la Ciudad Vieja, su colorido histórico y sus alrededores. Dejó constancia de ello en 1911 en un sueño apuntado en sus *Diarios*, en el que la caracteriza como “el decorado más hermoso de todo el mundo y de todos los tiempos”.

La frontera del recinto de la Ciudad Vieja en el cual Kafka localiza la mayoría de las menciones biográficas de los *Diarios* y de la correspondencia, seguía por el puente de Francisco José hasta la Plaza de José (hoy, Plaza de la República), por donde pasaba todos los días caminando a la oficina; después continuaba por la avenida Na Příkopě (paseo preferido de la Praga alemana, en el que se encontraba la Casa Alemana o Casino Alemán, bastión de la germanidad nacionalista praguense) y por la parte baja de la Plaza de Venceslao, donde en los momentos de tensión nacional se producían conflictos de las dos nacionalidades; proseguía por la calle Ovocná (hoy calle 28 de Octubre), donde vivía Milena Jesenská, y por la avenida de Fernando (hoy en día Avenida Nacional), ruta de paseo de la Praga checa que terminaba, a la orilla del río, en el Teatro Nacional (Kafka era uno de los pocos alemanes que solían visitarlo). A partir de aquí seguía por la orilla derecha del Moldava, por el malecón de Francisco (otro de los paseos preferidos de los praguenses) hacia el puente de Carlos y, tras dejar atrás el Rudolfinum y el puente de Nicolás (hoy, puente de Čech), finalizaba en la zona conocida como Francisco. Este recinto representaba una de las trayectorias preferidas de los paseos de Kafka y constituye, junto con otras calles y otras partes de la ciudad, el lugar en el que nacieron muchos detalles –hoy a menudo ya

solo parcialmente comprensibles– y muchas escenas vistas o entreoídas, que Kafka – excelente observador y maestro del arte de describir– introdujo en sus *Diarios* o cartas. En el centro de la Ciudad Vieja se encuentra, concentrada de una manera increíble, la mayoría de los lugares que marcaron la vida de Kafka. A veces, los separan solo unas decenas de metros. Esto vale para las viviendas que compartió sucesivamente con su familia, para las tiendas de su padre y para las escuelas, empezando por la escuela primaria y terminando por la Universidad y la Academia Comercial alemana, donde, ya trabajando, asistió a un curso sobre seguros de trabajadores. Vale también para los lugares que solía visitar con cierta frecuencia: para las viviendas de sus amigos íntimos, que en la mayoría de los casos había conocido ya en la escuela primaria o en el liceo; para la mayoría de los cafés, salas de conferencias y de exposiciones, cabarets, cines, bibliotecas y librerías en las cuales le gustaba pasar sus ratos libres. En el café Savoy, perdido en una de las calles de la Ciudad Vieja, asistió en los años 1911-1912 a unas veinte funciones de un grupo pobremente equipado de actores hasídicos de Lvov, que le impresionaron enormemente, mientras que la sociedad judía praguense ni siquiera los tomó en cuenta. En el mensaje sencillo de estas funciones, representadas en yiddish, Kafka sintió un parentesco especial con su propia interpretación del judaísmo auténtico. Con Jizchak Löwy, líder de este grupo –al que probablemente cualquier crítico teatral actual calificaría de puro teatracho–, trabó amistad y en la sala de conferencias del ayuntamiento judío de la Ciudad Vieja le organizó un recital que él mismo presentó con una conferencia esmeradamente preparada: su única conferencia pública pronunciada en Praga. A Kafka le gustaba leer –y según los testigos lo hacía de una manera excelente– pasajes de textos suyos y ajenos a sus hermanos, a los amigos en sus casas o, de manera excepcional, públicamente. En la memoria de sus contemporáneos quedó grabado como lector de sus textos y también como oyente silencioso y concentrado de declamadores y recitadores alemanes y checos. Por su relación excepcional hacia las dos culturas en una época en la que el nacionalismo alcanzaba su punto culminante y en la cual las dos partes se boicoteaban intencionadamente –o, cuando menos, se ignoraban de una manera cortés–, Kafka constituye uno de los escasos intermediarios entre las culturas checa y alemana.

Algunos lugares de Praga eran sus preferidos. Entre estos se encontraba el Parque del Príncipe Heredero Rodolfo (hoy, Parque de Letná) con el Palacete de la Reina Ana y, sobre todo, el contiguo Parque de Chotek, oasis de tranquilidad que se extiende bajo el Castillo de Praga. En este lugar, que él consideraba el más hermoso de Praga, solía reflexionar a la sombra de los viejos árboles o leer a Dostoievsky o Strindberg. La Ciudad Pequeña y Hradčany constituían el destino frecuente de sus paseos, que solía emprender solo o acompañado por Otta –su hermana preferida– o por sus amigos. El itinerario conducía desde la Ciudad Vieja a través de la Pasarela de Hierro (hoy, Puente de Mánes) –o en su versión más larga, a través del Puente de Francisco José–, hasta el Parque del Príncipe Heredero Rodolfo –denominado por Kafka erróneamente Belvedere–, y de allí hasta Hradčany; desde allí continuaba por la calle de Neruda o por las Nuevas Escaleras del Castillo a la Plaza Radetzky (hoy Plaza de la Ciudad Pequeña); a continuación, siguiendo la calle Mostecká y el Puente de Carlos retornaba a la Ciudad Vieja. Solía caminar en las dos direcciones y su ruta mostraba que era un buen conocedor de Praga: era un paseo rico en vistas y panoramas, poseía tanto la memoria histórica como la belleza cultivada de la naturaleza y ofrecía tanto panoramas generales como detalles encantadores.

También la Ciudad Nueva, con su Parque Municipal, “la Praga de Werfel”, el rectángulo formado por la calle Na Příkopě, la estación de Francisco José (hoy estación de Wilson), la Plaza de Venceslao y la calle Na Poříčí –donde estaba situada la Mutua de Trabajadores– influyó sobre la vida de Kafka. También aquí tenía sus lugares preferidos, como, por ejemplo, el Nuevo Teatro Alemán (hoy, Ópera Estatal) que prefería al Teatro Alemán de la Ciudad Vieja (hoy Teatro de los Estados) y en el cual no vivió para ver a Caruso, pero sí pudo ver a los famosos Pallenberg y Basserman. A Bassermann le estimaba sobre todo

como actor del cine mudo, al que era muy aficionado. Acudía con frecuencia al cine Orient en la calle Hybernská y solía invitar allí a sus amigos – el cine y las varietés constituían, antes de la guerra, una novedad sensacional en Praga. A cuatro pasos de allí se encontraba el café Arco, muy famoso hoy, dominado entonces por el círculo de amigos de Franz Werfel y Willy Haas, todos ellos un poco menores que Brod y Kafka; entre la multitud de ejemplares de las revistas literarias y en el grupo de los ruidosos seguidores de Werfel, Kafka solía ser un visitante silencioso que habitualmente se limitaba a escuchar con atención.

Aun cuando Kafka intentó varias veces desprenderse de las atenciones de su familia, que le mimaba y agobiaba al mismo tiempo, y buscó un piso propio, no se alejó del recinto de la Ciudad Vieja. Cerca de allí, se preparó con la ayuda de sus padres un piso, con una hermosa vista a los tejados de la Ciudad Vieja, para él y para Felice Bauer, ante su inminente boda. Solo en 1917 Kafka encontró un piso fuera del recinto mencionado; era un piso espacioso en el Palacio de Schönborn en la Ciudad Pequeña, hoy sede de la Embajada de los Estados Unidos. Como el piso era frío y poco cómodo, Kafka solía aprovechar la hospitalidad de su hermana Ottla y pasaba las tardes escribiendo en la pequeña casa que Ottla tenía alquilada en la Callejuela del Oro del Castillo.

Kafka amaba la peculiaridad de la Praga antigua, los detalles curiosos de la vida de las calles praguenses. De acuerdo con su convicción de que físicamente era demasiado débil para soportar la vida, solía buscar en la ciudad y sus alrededores la fuerza procedente de la naturaleza. Solía pasar sus ratos libres en los parques de Praga: además de en el Parque de Chotek, en Petřín, en Stromovka, en el parque de la Plaza de Carlos (hoy Parque de Karolina Světlá), en el Parque de Rieger del barrio de Vinohrady. Amaba los paseos hacia la periferia de Praga donde tenía sus lugares preferidos: solía cruzar el parque de Stromovka hasta Trója; solía también pasear por la orilla del río hasta la fábrica cementera de Podolí; incluso a veces llegaba en sus paseos hasta el palacete Hvězda (Estrella) de Liboc. Así mismo, emprendía excursiones a los alrededores de Praga: en su juventud eran alegres excursiones con amigos: iban en tren o en el vapor hacia el valle del Moldava o el del Berounka. En los años de su enfermedad eran ya solo estancias cortas en las “casas de verano” de sus padres en las aldeas cercanas a Praga, donde, siguiendo la costumbre checa, las familias de la clase media solía veranear en casas alquiladas.

El parentesco de Kafka con Praga no se puede describir únicamente a través de los datos biográficos y topográficos. Y es que la palabra *Praga* tiene en él muchas veces un significado metafórico. No se relaciona con la ciudad como tal, sino que denomina el modo de existir que se le ha impuesto en Praga. Expresa la agobiante presión del círculo que le aprieta en Praga y que en vano trata de abandonar; el mecanismo complejo, compuesto de obstáculos, impedimentos e “imposibilidades”, encadenados de una manera contradictoria, que se le ponen delante y que él en vano trata de vencer. Constituye, entre otras cosas, las atenciones y, a la vez, la presión por parte de su familia, de cuyo círculo, gobernado por el padre –admirado y odiado a la vez– trata de escapar toda su vida; la imposibilidad de liberarse del anatema de la “doble vida”, de superar el irreconciliable antagonismo entre el trabajo en la oficina y la imperiosa necesidad de escribir; la búsqueda de una soledad “monástica” y el anhelo de la comunidad, del matrimonio, de poner casa y ser padre; la necesidad del silencio sepulcral y la omnipresencia del ruido que el mundo circundante le dirige a él sin cesar.

Desde su juventud a Kafka le acompañó la idea de abandonar Praga. En un primer momento, cuando estaba eligiendo su especialización y su futura profesión, esto era un juego de juventud con soñadas fantasías. Precisamente en la época en la cual estaba vacilando entre el estudio de química, de derecho y de filosofía –y a la vez pensaba en la posibilidad de estudiar en Munich– nació el conocido pasaje de la carta a su amigo Oskar Pollak: “Praga no te deja. A nadie de nosotros. Esta madrecita tiene zarpas. El hombre tiene que someterse, o... Tendríamos que prenderle fuego en dos lugares, en Vyšehrad y en Hradčany, solo

después podríamos escapar. Quizá te lo pienses antes del carnaval.” Esta cita del Kafka de diecinueve años suele interpretarse de una manera negativa: Praga como una ciudad odiada que no permite escapar. La denominación tradicional de “madrecita”, que viene del checo, está empleada irónicamente aquí. No obstante, también la interpretación opuesta es posible: el poder mágico que une a Kafka con Praga se suspendería solo mediante un incendio como el de Herostratos de los dos elementos históricos que dominan su paisaje, es decir, mediante la quema del puente que le mantiene unido a ella.

Durante sus estudios, abierto al mundo como todos los jóvenes, Kafka concebía Praga como una realidad física y espiritual con la cual había que confrontarse sin cesar. Jugaba con la oposición entre la vida agobiante de la ciudad y la vida libre del campo, donde “el cielo está cerca de la tierra”. En los fragmentos conservados de su correspondencia con Oskar Pollak, marcados por el manierismo de la revista *Kunstwart*, que influía notablemente en los dos entonces, las quejas sobre la vida en Praga constituyen un tema frecuente.

El deseo de abandonar Praga e irse a uno de los países soñados culminó y al mismo tiempo terminó con una decepción definitiva cuando acabó sus estudios de derecho y durante el primer año de su trabajo. Confiando en la protección de su tío de Madrid y en las posibilidades que se le habían prometido cuando empezó a trabajar en la sucursal praguense de la compañía de seguros italiana Assicurazioni Generali, se hacía ilusiones sobre un empleo en algún lugar exótico. Pero no se le concedió la posibilidad de “estar sentado en las sillas de países muy lejanos” y de observar desde la ventana de su oficina “los cañaverales o cementerios mahometanos”; no le esperaba España, y mucho menos las Azores o Sudamérica, lugares soñados (Brod le escribe: “... mi tío nos tendría que conseguir un puesto en España, o nos podríamos ir a Sudamérica o a las Azores, o a Madeira”). La única posibilidad que le quedó fue su empleo en Praga, que le parecía entonces una ciudad “maldita” y “espantosa”.

Kafka iba encerrándose en sí mismo. Con ello cambió sustancialmente su relación con la ciudad, en la cual se veía obligado a llevar una existencia imposible de alterar. La realidad objetiva de Praga pasó a un segundo plano en su vida y la visión de la ciudad se fue uniendo cada vez más con sus traumas existenciales. Por una parte se hacía más fuerte la sensación de soledad, por otra la incapacidad de hacerse independiente y desligarse de Praga.

Hubo muchos intentos de vencer el círculo agobiante de su existencia en Praga. Kafka se daba cuenta de la causa del fracaso de todos estos intentos. En un fragmento conservado de su carta a los padres, escrita en julio de 1914 –inmediatamente después de haber roto su primer compromiso de matrimonio– y que se considera como un precedente de la *Carta al padre*, Kafka ve la causa de su fracaso en su dependencia y en la comodidad en la cual había sido educado. “En 1912 debí irme”, dice. Otra razón de sus fracasos la ve en el hecho de que siempre se negaba a tomar parte activa en la vida circundante, que voluntariamente se había eliminado a sí mismo de la comunidad humana. Este hecho lo ilustra en 1921 narrando como regularmente se había negado a jugar a los naipes con su familia: “... no tengo razón cuando me quejo de que nunca me haya arrastrado la corriente de la vida, de que nunca haya podido escaparme de Praga, de que jamás me haya entregado a un deporte o a un oficio, y otras cosas por el estilo... Es probable que siempre hubiese rechazado la oferta, como hacía con la invitación al juego”. El complejo de “Praga”, formado además por una cantidad difícilmente descriptible de obstáculos interiores, encaja en el marco de la inseguridad total de la vida de Kafka: “No puedo vivir en Praga. Si soy capaz de vivir en otra parte, es cosa que ignoro, pero que aquí no puedo vivir es para mí lo más indudable que conozco.”

La vida en Praga se convirtió también en uno de los problemas de su relación con Felice Bauer. Se hizo patente ante todo en el momento en el cual, después de la ruptura del primer compromiso, se perfilaba la esperanza de contraer matrimonio. Kafka opinaba que era imposible vivir en matrimonio en Praga. Estaba dispuesto a abandonar la oficina, irse de

Praga, preferentemente a Berlín, y fundar allí una existencia nueva, más libre. Por otra parte, Felice veía realizable la convivencia en Praga y quería que Kafka permaneciera en su trabajo en la oficina. A lo mejor Felice no se daba cuenta de que el problema no era ni únicamente ni esencialmente la ciudad. Tampoco podía entender que ella misma se había convertido en una parte de la Praga de Kafka. De su diálogo interminable pueden citarse dos pasajes de las cartas de Kafka, escritas en la primavera de 1915, que resultan muy significativos en este sentido: “Dilo francamente ¿crees que tú y yo podemos tener un porvenir común en Praga? El que esto no sea posible no depende en absoluto de Praga. Tampoco depende de circunstancias externas.” Y un mes más tarde: “También aquello que nos impide a nosotros, Felice, el vivir en Praga, por buenas que sean las condiciones aquí y por dignas de esfuerzo que puedan parecer respectivamente de aquí a unos años. No me encuentro en mi sitio, aquí, y no es que luche contra lo que me rodea... yo solamente lucho contra mí mismo...” Un año más tarde cuando se había alejado la esperanza de vivir juntos en Praga Kafka escribe: “Si tú, Felice, tienes alguna culpa en nuestra común infelicidad... dicha culpa no es otra que la de haber querido afincarse en Praga, cuando tu deber era haberte dado cuenta de que la oficina y Praga significan, cada vez más, mi perdición, y por ende la nuestra. Por supuesto que eso de atarme aquí no lo querías de un modo deliberado. No es que yo crea esto, la idea que tú te formas de las posibilidades de vida es menor timorata y más dinámica que la mía (pues que yo estoy metido casi hasta el cuello en la burocracia austríaca, y por si fuera poco estoy también empantanado en inhibiciones personales), esta es la razón por la que tampoco tenías tú una necesidad imperiosa de contar con el futuro de forma más precisa. No obstante, tu obligación hubiera sido también la de valorar y presentir la existencia en mí de todas esas cosas, incluso en contra mía, incluso contra mis palabras... ¿Qué es lo que sucedió, en lugar de esto? En lugar de esto nos fuimos a comprar muebles, en Berlín, para la instalación de un funcionario de Praga. Muebles pesados, muebles que, una vez colocados, parecía poco menos que imposible el quitarlos de allí alguna vez. Lo que precisamente encontrabas en ellos de más valioso es su solidez. El aparador me producía opresión en el pecho, un perfecto monumento funerario, o un monumento a la vida del funcionario praguense. Si mientras visitábamos el almacén de muebles hubiera sonado a lo lejos en alguna parte una campanilla de oficio de difuntos, no hubiera estado nada fuera de lugar. Contigo, Felice, por supuesto que contigo, pero ser libre, dejar que trabajar mis fuerzas, esas fuerzas que tú no podías respetar –al menos no según mis ideas– si las aplastabas bajo todos esos muebles.”

Un papel especial en la relación de Kafka y Praga lo desempeñó Berlín. Primariamente no es resultado de la relación de cinco años con Felice Bauer. Todo lo contrario, la idea de vivir en Berlín como en una ciudad soñada se reforzó en los años siguientes a su separación. Para él, Berlín –que “está colgado sobre Praga como el cielo sobre la tierra”– ofrecía la posibilidad de cumplir su deseo de existir según sus propias ideas, de hacerse independiente, de ganarse la vida escribiendo –aunque fuera de manera pobre–, de acabar con el estereotipo praguense lleno de contradicciones irresolubles que él era incapaz de cambiar. Berlín constituía para él “una medicina contra Praga” y también la estación de trasbordo para su viaje a Palestina, que –en los últimos años de su vida –se convirtió en un mero sueño irrealizable. La realidad de las dos ciudades confrontadas importaba poco en las ideas y opiniones de Kafka. Incluso en los meses de miseria terrible y pobreza material en Berlín, el regreso a Praga no era aceptable para el enfermo Kafka; le atemorizaba el regreso al “modo de vivir praguense”. Rechazó la propuesta de Brod de volver a “la Bohemia cálida y abundante”, por ejemplo a Schelesen. “Schelesen está excluido, Schelesen es Praga, además, durante 40 años he tenido calor y abundancia y los resultados no invitan a seguir intentándolo.”

En fin podemos decir que Praga, que la relación de Kafka y Praga, no es un tema especialmente frecuente en el escritor. Explícitamente, la realidad praguense aparece muy poco en sus cuentos y novelas; en sus *Diarios* y en su correspondencia aparece muy a

menudo, pero salvo una excepción –donde Praga está tematizada en una anotación de un sueño– solo en forma de detalles topográficos u menciones ocasionales. Implícitamente, de las prosas de Kafka podemos deducir la atmósfera de Praga, el modo de vivir de la época y de la gente, transformado todo ello de una manera literaria que no permite una identificación concreta. La palabra Praga tiene dos significados en Kafka: es la ciudad donde nació y vivió y, con más frecuencia, es una metáfora que representa el modo de vivir que llevó en Praga y que le hizo sufrir. En una carta de Kafka a Felice, escrita en octubre de 1916, hay un pasaje donde las dos formas de Praga aparecen claras en tres frases consecutivas: “Sobre lo del viaje de Navidad hablaremos entonces, no quiero que nos escondamos de nadie, a nadie temo, sólo a mis padres, aunque a ellos muchísimo. Estar sentado junto a ti a la mesa de mis padres... no puede por menos que atormentarme hasta lo más hondo de mi ser. Ahora bien, esos momentos serán cosa secundaria y marginal al lado de la dicha de mostrarte Praga, a ti sola, y mejor, más de cerca y más seriamente que nunca.” En definitiva, Kafka no odió Praga, ni mucho menos. No obstante, en sentido figurado, con la palabra *Praga* expresó a partir de cierto momento la inseguridad y desesperación de su existencia en esta ciudad.

Prof. Josef Cermak.

La ciudad de Kafka.

PRAGA: LA ARQUITECTURA HECHA POESÍA.

Por Manuel Pérez Grueiro.

1. INTRODUCCIÓN

Esta charla bien podría asimismo titularse, cambiando los términos del enunciado, como: “Praga, la poesía hecha arquitectura”. Lo mismo da. Tan verdad es una cosa como la otra.

Hay ciudades hermosas en el mundo. De todas ellas podría hacerse un panegírico similar: París, Roma, Florencia, Venecia, Berlín, Nueva York, Budapest, Santiago...todas ellas dignas de visitas reiteradas, de textos dedicados, del enamoramiento del viajero. Cada una con su propia personalidad, con su estilo.

Pero Praga es especial. No sólo como conjunto, si no también en cada una de sus partes: cada barrio, cada calle, cada casa, y éstas en sus mínimos detalles. Todo hace de la vieja capital checa una ciudad única. Se me dirá: esto lo tienen también las anteriormente nombradas y muchas otras. Y es cierto. Pero esto, en Praga, se da en grado superlativo, en un plano superior, concentrado y al tiempo disgregado por toda la urbe.

De ella se han dicho muchas cosas, se han alabado sus virtudes y se han cantado sus peculiaridades. Goethe dijo de ella que “es la gema más valiosa de la corona de las ciudades del mundo...”.

Se la define como “el corazón de Europa”. Y en realidad lo es, está justo en el centro del continente. Incluso hay una señal, en pleno centro de la ciudad, que indica esta circunstancia. Búsquenla ustedes, o pregunten al ciudadano. En efecto: si con un compás, haciendo centro en Praga, colocamos la otra pata en Gibraltar, y giramos, nos dará un círculo que pasa por las Islas Feroe, en el Mar del Norte, por Laponia, en el extremo más septentrional, por Nizhny-Novgorod en el extremo este de Rusia, ya camino de los Urales, y con Chipre o Creta en el sureste. Praga es el mismo centro.

También se la llama “el París del este”, y el elogio es merecido, aunque, como ya vimos, Praga no está en el este, sino en pleno corazón del viejo continente: es y siempre fue, occidental, tanto como lo puedan ser Berlín o Viena.

Se alude también a ella como “madre de todas las ciudades”... y es una gran verdad. También se dice que es la “ciudad dorada”, la de las cien cúpulas o la de las cien torres, las noventa iglesias...

Todo ello es cierto, pero hay mucho más. Praga es una ciudad poética, cada casa, cada piedra es un verso. Creo que fue también el gran escritor alemán el que la catalogó como “un verdadero poema de piedra”. Y es que ahí, y sobre todo en los detalles, en las cosas más pequeñas, es donde reside el mayor encanto, la magia, el misterio y el gran atractivo de la ciudad sobre los visitantes.

No es raro ver como el viajero se detiene, por ejemplo, en la plaza de la Ciudad Vieja y se pasa largos minutos delante de una sola casa, admirando su esgrafiado, su colorido, o el detalle del elemento identificativo de la misma, casi siempre colocado encima de la puerta o en lugar destacado de la fachada, de los tiempos en que las viviendas aún no tenían número, y que sirve para denominar dicha casa. Son los llamados Emblemas. Se conservan unos 300, fundamentalmente animales, reales o fabulosos, frutas, elementos astronómicos, geométricos. Ha dicho de ellos el escritor Vitezslav Nezval: “toda poesía concluye con dos o tres palabras intrascendentes, pero tan fascinantes como los emblemas de las casas de Praga”. En 1767 se decretó la primera numeración, que luce sobre fondo rojo. La misma se realizaba por barrios: los de la Ciudad Vieja con el 1, los de la Nueva con el 2, los de Mala Strana con el 3, los del Castillo con el 4 y los del barrio judío con el 5. Pero en 1868 se cambió la numeración, ahora sobre fondo azul, que se hacía ya por calle y no por barrios.

Iniciamos, nuestro recorrido en la Staromestské namestí, centro de la ciudad: si solamente visitáramos esta plaza, ya justificaría el viaje. Hablaremos más de ella.

(Nota: aquí pasar fotos de “Introducción”.)

2. DESCRIPCIÓN ESQUEMATICA.

Pero, ¿cómo es Praga? Como ocurre con Roma, París, Budapest y otras ciudades con encanto, tiene su río, puentes y colinas. Estos tres elementos, juntos, dan a las ciudades un atractivo especial. Praga tiene su río, el Moldava (Vltava), sus diecisiete puentes, todos distintos, destacando en particular el de Carlos (Karlův Most), aunque también hay otros interesantes. Y tiene sus colinas, que, muy cerca del curso de agua, casi oprimiéndolo, configuran el perfil de la ciudad. Y encima, dominándolo todo, las fortificaciones, los castillos (Hrad).

Para explicarlo mejor, imaginemos, por ejemplo, una sala como esta, con un pasillo al medio (el río), y grupos de asientos y de espectadores (calles y edificios) a derecha e izquierda. Esto es, aproximadamente, simplificando, la estructura de Praga.

En la orilla izquierda, al norte, el Castillo de Praga, sede de los dos poderes, el político y el religioso: la sede del gobierno y del obispado: es la cumbre del Hradcany. En la derecha, al sur, el Vysehrad. Ambos recintos fortificados cierran, defienden, protegen la ciudad por el norte y por el sur.

Y en el medio de las colinas, en esta estrecha franja de tierra, junto al río, a una y otra orilla y trepando monte arriba, Praga ha nacido, ha crecido, se ha desarrollado, dejando pasar el tiempo de los siglos por entre sus callejas, con todos los estilos arquitectónicos posibles, con sus aportes de belleza, desde el románico al cubismo. Y además, a pesar de otros “ismos” dramáticos y nada favorables (fascismo, comunismo), no perdió nunca la gracia, el gran encanto que la caracteriza. Incluso tuvo la gran suerte de no sufrir los bombardeos que en la segunda guerra devastaron casi toda Europa, por lo que sus edificios son auténticos regalos del pasado.

Esquemáticamente, podemos estructurar la vieja Praga en unos pocos barrios, los que importan en primera instancia, aunque luego podemos ampliar nuestro periplo un poco más allá: en la llanura de la orilla derecha, el barrio judío (Josefov), la ciudad vieja (Staré Mesto), la ciudad “nueva” (Nové Mesto), y un poco más lejos, en lo alto, Vysehrad y Vinohrady. En la ribera izquierda, junto al río, el barrio pequeño (Malá Strana) y arriba, Hradcany, con su castillo y su catedral de San Vito. Ya podemos conformarnos con estos, que son más que suficientes atractivos para varios días, y para varias sucesivas visitas. En caso extremo, podemos hacer una escapada a Troja, con su palacio-museo y su Zoológico.

Cada barrio, que veremos a continuación por separado, es distinto a los demás. De hecho, en un principio fueron cinco ciudades separadas y diferentes. Primero fueron los castillos, luego la Ciudad Vieja, después se creó la Mala Straná, como comuna autónoma para los colonos alemanes, a continuación la Nove Mesto, para los checos. A partir de Carlos IV fue capital del imperio, y luego comenzó un proceso de unificación, siendo ya una sola ciudad en 1518. En 1784 se concretó la definitiva unión. Esta visita es toda una excursión por la historia de la arquitectura. Hay ejemplos del románico,-- unos pocos restos-- pero fundamentalmente mucho y buen gótico y barroco, modernismo e incluso edificios cubistas, caso bien raro en el mundo.

Una visita que calcularemos para tres jornadas: la primera de toma de contacto, la segunda de profundización, la tercera de delectación.

Empecemos por la orilla derecha, desde la Plaza de la Ciudad Vieja.

JOSEFOV.

En primer lugar, hay que recordar que a fines del siglo XIX se procedió a la demolición de gran parte del barrio medieval, por lo que hoy no podemos apreciar realmente como era esta zona de la vieja Praga. Una lástima.

Comenzaremos, hacia el norte, por la Parizká, por ejemplo, internándonos por el barrio judío, pequeño, compacto y entrelazado conjunto, en el que sobresalen las sinagogas: la Vieja-Nueva, gótica primitiva, del siglo XIII; la Pinkasova(1475) con su monumento a las víctimas del nazismo; la Klausova (1680), la Jubilar, la Española(Spanelská), la Maisel... Además, podemos encontrar el antiguo Ayuntamiento judío y el Cementerio Viejo, donde,

desde el siglo XV, se arraciman unas 20.000 tumbas en un espacio muy limitado. Un halo de misterio, de magia, de contenido dramatismo inunda el barrio e impregna al visitante. Hay también alguna iglesia y casas modernistas y cubistas. Volveremos aquí para hablar de Kafka.

(Fotos B.Judío).

STARÉ MESTO.

Donde acaba el anterior —el límite son las calles Platnerska y Dlouha--comienza la Ciudad Vieja de Praga (la más vieja, pues la Nueva también es muy antigua), cuyo centro es la Plaza de la Ciudad Vieja (Staromestské namestí), de la que hablamos antes, y que nos puede ocupar, ella sola, una mañana entera.

En torno a ella, además de hermosas casas y palacios de bellos coloridos o esgrafiados, encontraremos el Ayuntamiento, con su torre gótica de 60 metros, con su Reloj Astronómico, maravilla técnica y artística de más de 500 años, que provoca la espera paciente de los turistas a la hora en punto, para ver desfilar sus figuras.

En el otro extremo está la iglesia de Nuestra Señora de Tyn, también gótica, con sus dos torres características, con su curiosa vía de acceso, y la de San Nicolás, barroca, construida por el mismo que realizó la otra iglesia, de igual nombre, de la otra orilla.

Aquí encontraremos también la huella vital de Kafka. Y aún tenemos, en esta zona, la Universidad Carolina (de 1348), la más antigua de Europa central, donde estudió nuestro escritor.

El barrio remata por el sur en las calles Narodni y Na Prikope. Esta última era el foso que dividía ambas ciudades. Hoy es una animada zona peatonal. Y tenemos aquí la calle Celetná, que tiene que ver con Kafka. En el barrio destaca la Torre de la Pólvora, una de las antiguas 13 puertas de la ciudad, y la Casa Municipal, modernista, en el mismo límite. Desde aquí, los reyes checos, para las ceremonias de coronación, seguían una ruta llamada Camino Real, que, por la Celetná (Sol Negro) y pasando por la Plaza de la Ciudad Vieja, llegaba al Castillo de Praga. Cosa que haremos ahora nosotros.

(Fotos C.Vieja). Vayamos ahora a la orilla izquierda, por el puente de Carlos:

MALA STRANA.

El Barrio Pequeño, fundado en el siglo XIII, es, por tanto, más antiguo que la ciudad nueva. Accedemos a él por el Puente de Carlos (Karlův most), con sus más de 500 metros de largo, sus 30 estatuas y sus músicos callejeros. Antes de cruzarlo, en la Plaza de los Cruzados, encontraremos la estatua--¿surrealista?-- en honor a Kafka. Por el puente y por la calle que lleva su nombre (Mostecka) llegaremos a la plaza de San Nicolás, centro del barrio.

Podemos ir a lo largo del río, a la izquierda, por Karmelínska, y llegar a la iglesia de Santa María de la Victoria, donde se encuentra la imagen del famoso Niño Jesús de Praga, y callejear hasta la misma orilla y sus escondidos rincones, en particular el canal de Certovka (el canal o arroyo del Diablo), con sus hotelitos con encanto, sus molinos, y pasear por las zonas arboladas de la isla de Kampa; o, segunda posibilidad, caminar hacia la derecha, por Letenská, en busca de alguna cervecería antigua, como la de “En Santo Tomás”, la más antigua de Praga (1352) junto a la iglesia homónima, o un restaurante, pues ya va siendo hora de almorzar, y de paso ver algunos de los viejos palacios.

O bien —tercera opción--podemos subir, por la Calle Nerudova (en honor del poeta checo cuyo nombre adoptó el nobel chileno), en rampas sinuosas hasta el castillo. Numerosos palacios (siglos XVII-XVIII) bordean esta ruta, cada uno con su figura o símbolo particular, (Los Dos Soles, El Ágila Roja, Los Tres Violines, El Cisne Blanco) que permitía a los mensajeros o visitantes distinguir, sin lugar a dudas, la casa buscada. A medida que subimos, volvemos la vista atrás, cada tanto, y la panorámica de la ciudad, sus tejados y sus torres van apareciendo cada vez más bellos a nuestros ojos. Y, una vez arriba, hemos entrado ya en otro barrio.

(Fotos S.Mesto).

HRADČANY.

En el siglo IX, primero como una ruda empalizada de madera y luego ya con materiales más duros y duraderos, se levantó la primera fortificación en la colina, un poco antes que su pareja del otro lado del río. Y en su turno, fue naciendo una nueva barriada: Hradcany.

El castillo, desde el siglo X al XVIII, fue creciendo, pasando por los sucesivos estilos: románico en su inicio, gótico, barroco, rococó, neoclásico, que, lejos de chocar, enriquecen el conjunto. Además de la sede del gobierno checo –la presidencia–, la hermosa y esbelta catedral de San Vito, así como otros numerosos y diversos inmuebles, que configuran una pequeña ciudad dentro del recinto amurallado, nos dan una preciosa muestra de armonía y diversidad. Al fondo, el Callejón del Oro, donde Kafka alquiló una casita minúscula, casi liliputiense, para escribir en paz.

Volviendo sobre nuestros pasos, saliendo por el portal principal, podemos aguardar el siempre llamativo cambio de la guardia. Desde allí, sin descender de la cima de la colina, podemos visitar el monasterio de *Strahov*, el *Loreto*, así como admirar otros palacios. Luego podemos pasear por el parque, y subir a la imitación, en pequeño, de la Torre Eiffel, que es el mirador de *Petrin*, (construido en 1891, con 60 metros de altura y 299 escalones, para el que quiera subirlos) privilegiada panorámica sobre todo el conjunto de la ciudad y sus alrededores.

(Fotos Castillo).

Por el parque, bajamos otra vez a Mala Straná, pero más al sur, para cruzar el río por otro de los puentes, por ejemplo el de Legii. Si antes no hemos visitado la isla de Kampa, es el momento. Recomendaría cruzar por el Most Legii, situado en medio de tres islas (ostrov): se apoya en la de Strelecky, y tiene las otras dos (Detsky, Slovansky) a ambos lados. Por este puente desembocamos en un punto de mucho atractivo.

Este recorrido ya puede haber agotado el tiempo de una jornada y también nuestras fuerzas. Podemos, entonces, volver al hotel y seguir mañana. Salvo que seamos unos andarines insaciables e incansables: Entonces seguimos.

NOVE MESTO

Estamos en Nove Mesto, una vez cruzado a la orilla derecha. Pasamos por el famoso café “Slavia”, buen punto para descansar los pies, y sobre todo la cabeza, pues ya se nos puede aparecer el síndrome de Stendhal, cosa nada rara en esta ciudad tan llena de belleza.

Junto al puente está el Teatro Estatal y otros puntos de interés. Avanzamos por la Narodni, límite con la Ciudad vieja, pasando ante el Museo Nacional y la Plaza Wenceslao, pero seguimos recto, por la calle Prikope, hasta la Plaza de la República. Retrocedemos por la misma o nos internamos por las calles del barrio para desembocar en la Plaza Wenceslao.

. La Ciudad Nueva (nueva entre comillas, pues se fundó en 1348), pegada a la Ciudad Vieja por el sur, comienza, más o menos, en la Plaza de la República (Namestí Republiki), y se expande por la de Wenceslao (Vaclavské namestí), emblemático espacio, escenario de tantos sucesos fundamentales de la historia reciente del país. Esta explanada, mezcla de plaza y ancho bulevar, alargada y en plano descendente, desde el Museo Nacional y la estatua ecuestre de San Wenceslao, está flanqueada hoy por modernos comercios, hoteles y sitios de ocio. Un sitio muy animado, pero lúdico y nada dramático, por suerte. Atención al Hotel Europa, art nouveau, al edificio Koruna, y a los jardines casi secretos.

Internándonos, muy cerca de la Plaza de Carlos (Karlovo namestí), antiguo mercado de ganado, encontramos la calle Kremenkova, más bien un recoleto callejón, donde se asienta, desde hace siglos, en el número 11, la famosa cervecería *U Fleku*, que ya producía su propia cerveza al poco tiempo de que Colón acabara de descubrir América (desde 1499). Al fondo, en el patio arbolado, sentémonos en las largas mesas y nos servirán una gran jarra de rotunda cerveza checa de la casa. Sola o acompañada por un vaso de aguardiente. Si tenemos el estómago vacío, cuidado al levantarnos. En todo caso, hay restaurante.

A muy poca distancia, menos de trescientos metros, se levanta la iglesia de Cirilo y Metodio, en la esquina de la calle Na Zderaze con Resslova. Este templo, hoy un museo de la resistencia antinazi, guarda el recuerdo de los patriotas checos que, en plena ocupación

alemana, atentaron mortalmente contra el gobernador-delegado de Hitler para Bohemia-Moravia, el brutal Heydrich, llamado “el carnicero de Praga”. Ocultos en la iglesia, fueron localizados y sitiados y tuvieron que entablar una batalla desigual, hasta la penúltima bala, guardando la última para sí mismos. Los nazis, como represalia, arrasaron totalmente la localidad de Lidice, matando a todos los hombres e internando en campos de concentración a las mujeres y los niños.

(Fotos Ciudad Nueva).

Pero hablemos de otras cosas, y ya que estamos aquí, visitaremos otro barrio, subiendo la cuesta.

VYSEHRAD. En esta otra colina, siguiendo la línea del río, está el otro conjunto amurallado de Praga: Vysehrad, del siglo X, residencia histórica de los príncipes, un poco posterior al de Hradcany. Dentro de sus muros hay un barrio, con algunas iglesias como San Pedro y San Pablo, algunos restos románicos, algunos de los originales de las esculturas del puente de Carlos, y el cementerio *Slavin*, donde están enterrados muchos personajes famosos: escritores como Capek y Nezval, músicos como Dvorak y Smetana, hombres de estado.

(Fotos Vysehrad).

VINOHRAD. Y ya que estamos arriba, tenemos otra hermosa vista: el río a nuestra izquierda, abajo. A la derecha tenemos una parte nueva, con los modernos hoteles y el centro de congresos. Pero algo más allá, en Zizkov, está el cementerio de Vinohrad, donde está la tumba de Kafka.

Y con esto hemos completado el recorrido por Praga, en lo fundamental. Aunque esta descripción la hemos hecho como un itinerario a pie, tenemos el Metro, tranvías, buses y otros medios de transporte, sobre todo para volver, cansados pero felices, al hotel: ducha, una buena cena y una vuelta nocturna, que es otro recorrido diferente.

Una visita como esta nos dejará una huella imborrable. Tenemos que recordar que no importa tanto que uno pase por la ciudad, en la que apenas dejamos huella (como tú hay millones), sino que la ciudad pase por ti, que te deje la suya: esto sí es único.

3. LA PRAGA DE KAFKA.

El escritor checo Johannes Urzidil dijo que “Kafka es Praga, y Praga es Kafka”. Y Joan Mas dijo que “Kafka y Praga son sinónimos”. Y tienen razón. Pero Praga es mucho más: es el Golem, Jan Hus, es Jan Neruda, Karel Capek... Smetana, Dvorak... también Jiri Trnka y Milos Forman, el Teatro Negro, La Linterna Mágica, las marionetas, o Dubcek, Jan Palach, Vaclav Havel... y mucho más.

No obstante, Kafka está en la mayor parte de la Praga que veremos. La ciudad está en su obra, impregnándola, y la vida y la escritura de Kafka están por toda la ciudad.

Franz Kafka nace en 1883, en la casa llamada, en alemán, “*Zum Turm*”, en la calle U Radnice número 5, ubicada en el límite entre la Ciudad Vieja y el barrio judío, justo junto a la iglesia de San Nicolás. Hay una placa que lo recuerda.

Estudiará en la escuela primaria judeo-alemana, la *Deutsche Knabenschule*, desde 1889, en la calle Masná, junto al Mercado de la Carne (*Fleishmarkt*), a muy pocos metros de su casa, en el centro de Josefov.

Entre 1893 y 1901 hará sus estudios secundarios en el Gimnasio Estatal, en la Plaza de la Ciudad Vieja, ubicado en el Palacio Kinsky, hoy Galería Nacional, pintado, como muchos otros, en alegres colores, en este caso rosa y verde.

De 1902 a 1906 cursará estudios en la Universidad de Praga, doctorándose en Derecho. Al año siguiente, tras rematar la carrera, trabaja un tiempo con un tío suyo, y luego ingresa como empleado de *Assicurazioni Generali*. En 1908 pasa a trabajar en la *Compañía de Seguros de Accidentes Laborales del Reino de Bohemia*. En ello ocupa sus mañanas, hasta el año 1922. Por las tardes, entre cafés (el Savoy, el Arco, el Baum, el del Gran Hotel Europa), teatro *yiddish* y otras actividades, se dedicará a escribir.

Para ello, entre otros lugares, alquilará casas o habitaciones para encontrar la tranquilidad suficiente. En 1916 lo hará en la minúscula casa número 22 del Callejón del Oro, en el Castillo. En 1917 en dos habitaciones en el Palacio Schönborn, actualmente embajada de los Estados Unidos.

En otros momentos, vivirá en la llamada “Casa de la Nave”, en la calle Parizká, cerca del río, en la de su hermana Ottla, y en la “Casa del Minuto”, o en la calle Celetná. Como vemos, se recorre casi todos los barrios.

Muere, como sabemos, en 1924, y yace enterrado en el Nuevo Cementerio Judío, en la zona de Zizkov, en Vinohrad. Casi completó la vuelta a los barrios de Praga. Y nosotros con él. (Fotos Kafka).